

Crónica Literaria

Por ALONE

Montherlant y Boisdeffre

Setenta y tantas páginas dedica Pierre de Boisdeffre al estudio de Montherlant en el segundo tomo de los tres que componen su "Metamorfosis de la Literatura", recientemente traducidos y editados por "Guadarrama" de Madrid.

Son una serie de ensayos breves, pero a fondo, que enfocan al novelista, al poeta, al autor teatral y al moralista publicados separadamente en su ocasión, pero rebechos y más o menos coordinados, con acompañamiento de noticias bibliográficas sintéticas y muy útiles para el conocimiento del autor.

Un gran servicio prestado a los lectores de habla española. Tal como Julian Green pertenece al idioma inglés y al francés, Montherlant arraiga a medias en Francia y en España, no se sabe en cuál de ellas con más honra.

Nacido en París el 21 de abril de 1896, próximo ya a cumplir 74, proviene Montherlant de una familia "de lejanos orígenes catalanes", "venerable por Luis XIII", a quien debe asimismo su elevación el duque de Saint-Simon, uno de los maestros del estilo directo del "Maestro de Santiago". A más de la tauromaquia, su pasión, la historia de Castilla ha inspirado a Montherlant piezas capitales, especialmente "El Cardenal de España", que resucita al Cardenal Cárdenas y doña Juana la Loca.

Si al espíritu español, caballeresco, de una arrogancia que llega al desfío, agregamos su amor a la adolescencia y una actitud desdorosa ante la mujer, tendremos los perfiles esenciales de su temperamento, uno de los más fuertes, ricos y contradictorios entre los clásicos modernos, dentro de la línea que extiende, como sus cumbres, a Proust, Gide, Vichy, Malraux, Cocteau, etc.

La semblanza de Montherlant empieza con un cruel golpe de los que más le hicieron según el interesado lo confesó, una de esos "garrotazos" que un gran saludo precede:

"Fue Montherlant —escribe— el mejor dotado de los escritores de su generación, del que más se podía esperar y también del que menos recibió mayores decepciones. Pero perdió muy pronto la confrontación de los hombres; autosuficiente, encierrado en su alta soledad, su orgullo ha ido creando el vacío a su alrededor. Había en él, no obstante, algo más importante que construir: un hombre. ¿Por qué sólo ha llegado a ser el más grande de nuestros retóricos?".

La lanza en el costado...

Cerca del corazón debe haberse llegado su punta para que: "Al hablarle, diez días después —escribe Boisdeffre— acerca de ese trabajo que, según me dijo, se había negado a leer, Montherlant se lamentaba diciendo: '¡Yo no soy un retórico! Me disculpa por aclararme, pero mis libros no son mera retórica. Los he hecho con mi carne, con mi vida, con mis testísculos, con todo lo que yo soy'".

Preciosa confesión y reproche palídico que conviene no olvidar.

Ese párrafo siguiente explica que la irritación de Montherlant no perdurará con exceso:

"La Relève du Matin" —continúa Boisdeffre— apareció en el panorama literario como un manantial de agua refrescante; desde "Le Grand Meaulnes" no se había visto semejante frescor; una infancia cristiana encontraba su poeta y su caballero. Era preciso ser un adolescente genial para imaginar esta "ciudad cuya principio es un nido" para expresar el misterio del colegio, esa mezcla de cinismo y de orgullo que oculta el alma de los muchachos de 15 años".

En aquella época auricular, de sol naciente, el autor contaba 24 años. Célebre de un día a otro, no extraña que su soberbia juvenil tomara proporciones desmedidas en un temperamento ya inclinado a ella. Sorprende más bien que no estallara. Vauvenargues ha dicho, aludiendo a su caso propio: "Las primeras luces del alba no son más dulces que los primeros rayos de la gloria". Y que sus insolencias y desplantes se aporlaran después, impertinentes, embestidas en mastabas que, según su crítico, "no ha tenido necesidad Montherlant de entrar en la Academia para convertirse en blanco de esos 'chansonniers' de la literatura que son los gacetilleros y columnistas de la prensa. Desde hace tiempo los críticos —agrega— se ceban en él al punto que ya es de buen tono referirse al autor de "Service Inutile" como a un clásico apollinado o a un "gran escritor provincial". Pero vivimos en una época en que, a Dios gracias, ha dicho él mismo, una condena a muerte no deshonra a nadie". El epíteto de "gran retórico" se convirtió en lugar común.

Las flechas detenidas por su escudo daban bote en su coraza.

Al talento impetuoso reconocido temprano y a la clase social aristocrática plantea su certeza de "ser diferente"; lo que lo impulsaba al aislamiento y producía un estilo "que parecía fundido en bronce", duro, seco, familiar y sabio, con juegos arrebatantes y términos de "argot", el más natural y más artificioso, sencillo a lo Saint-Simon, elocuente a lo Flaubert o Chateaubriand, con algo sólo de él, acunado en su fragua, centelleante y de doble y triple filo, punzante, golpeante, clásico y moderno, que se burlaba de las dificultades y miraba de igual a igual a los mayores.

Para romper ese vibrante círculo necesitaba acudir a la inmoción malévola, al estatismo venenoso.

Hijo mimado de una madre absorbente, cuyos rasgos se encuentran esparecidos en muchas de sus obras, Montherlant, a los 18 años, no pudo alejarse en la primera etapa de la guerra y debió resignarse a seguir sus estudios. Boisdeffre cita una penosa frase suya relativa a ese periodo: "Nunca me he lamentado de haber pedido profundizar en mis conocimientos, mientras los de mi edad morían". Agrega este dato, en otro sentido, más pendio aún: la muerte de su madre lo dejó libre para obtener que lo enviaran a la primera línea. Allí aprendió a ser hombre; hasta entonces, sólo había conocido el mundo de la mujer. También Proust al quedar huérfano, pudo cumplir su destino y realizar plenamente su obra. Por algo exclamaba André Gide: "¡Familias, os odio!".

Estos hechos y estos nombres obligan al examen de la actitud sexual de nuestro autor.

Miogino y soltero empoderado, se comprenderán los albores que la maledicencia teja en torno suyo. El despecho ante su abrumante superioridad no podía dejar esa veta sin explotación. Y quienes lo juegan por las apariencias, o sea, la mayoría, más de una vez se habrán desconcertado. El caso, debe reconocerlo, no resulta fácil. Los desequilibrios hormonales se prestan a ambigüedades dudosas que no siempre aclaran las interpretaciones de Marañón, por lo demás, sólo a regañadientes aceptadas por el vulgo, propenso a las simplificaciones injuriosas.

Hay, desde luego, repetido e insistente, un estribillo, el desdén por la hembra, la preferencia por el ambiente viril, de colegio, de estadio, de toros, de cuartel. Montherlant lo ha convertido en el eje de sus temas favoritos y no se cuida de ocultarlos. A lo sumo abre aventuras literarias. "La mujer" —escribe, pag. 37— está hecha para un solo hombre, el hombre está hecho para la vida y, especialmente, para todas las mujeres. La mujer está hecha para llorar y andar; el hombre, para emprender y desprenderte... El hombre toma y desechará..., la mujer se entrega. La mujer cree que el amor la puede todo... El hombre ve los límites del amor... El hombre apenas si puede sentir por la mujer otra cosa que deseos, lo que abraza a la mujer; la mujer apenas si puede sentir por el hombre otra cosa que temor, lo que abraza al hombre". Y estas sentencias lapidarias, estos azotes: "El amor de una mujer es más temible que el odio de un hombre... La cólera de los hombres se expande en violencia. La cólera de la mujer se expande en idiotas...".

¿Cómo extrairse de que Simone de Beauvoir, aludiendo al poco patriotismo de Montherlant, afirmara que más respeto que él merecían algunas mediastillas?

El segundo sexo exige venganza.

El desequilibrio que hace vacilar entre ambos puede producirse en los dos sexos, masculino o femenino. Pero el simple contacto con la presa de Montherlant bastó para advertir la prepotencia del primero: no sólo la presa, tajante, brusca, sofrenada, sino los temas y hasta los géneros distan de la blandura y la vaguedad folclórica; el ensayo agresivo, la sátira feraz, los personajes esquemáticos, fílmicamente caricaturizados, la acción violenta y atropelladora, las opiniones pasionales, inesperadas, de imágenes que se entrecortan. El texto mismo que le compone como su tierra propia, ciertas mayestades lo han absorbido con éxito? En la escena, don Juan es un personaje burro, y sabemos el diagnóstico de Marañón sobre el Tenorio. Visiblemente estamos ante el varón hipervirilizado con su "pato de conquistador" en busca de la presa única, que, por cierto, ha impedido a la incapacidad herida desatar su perversidad.

Por si alguna demostración fallara, "Les Garçons", la última novela de Montherlant (1969), la más ruda y claramente autobiográfica, añade argumentos que esperamos próximamente comentar.

Montherlant y Boisdeffre [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Montherlant y Boisdeffre [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)